

inmensa riqueza á su hijo Hassen Barbaroja, que á la sazón se hallaba en Argel.

Permaneció algún tiempo el emperador en Bruselas á causa del mal estado de su salud, dedicado á discurrir y preparar los medios mas eficaces, enérgicos y prontos para acabar con las contiendas religiosas que seguían conmoviendo sus dominios, y para sofocar con energía, ahora que le dejaban libre las guerras de Francia, el espíritu y las doctrinas de la reforma, que habían cundido maravillosamente por casi todos los países de Europa á favor de sus distracciones y de las condescendencias con los protestantes, á que la complicación de sus atenciones y negocios le había obligado. Pero materia será esta para otro capítulo, debiendo limitarnos en el presente al término que por entonces tuvo la guerra que podemos llamar general con Francisco I.

## CAPITULO XXVI

Muerte de Lutero.— Concilio de Trento: guerra de religion

DE 1541 Á 1547

Proceder del emperador con los protestantes.—Consecuencias de sus concesiones en las Dietas de Ratisbona y de Spira.—Dieta de Worms.—Concilio de Trento: sus primeras sesiones.—No le reconocen los protestantes.—Muerte de Martín Lutero.—Juicio de su carácter y de sus obras.—Decisiones del concilio.—Diseños de Carlos V contra los reformistas.—Preparativos de guerra.—Alianza con el papa.—Gran confederación de los protestantes de Alemania.—Formidable ejército que levantaron.—El elector de Sajonia y el landgrave de Hesse.—Manifiesto.—Falsa situación de Carlos V en Ratisbona.—Reunión del ejército imperial.—Guerra de religion.—Prudente y heroica conducta del emperador en Ingolstadt.—Retirada del grande ejército protestante.—Proposiciones de paz: recházalas el emperador.—El duque Mauricio de Sajonia.—Cómo, siendo protestante, favoreció á los católicos.—Dispersión de las tropas luteranas.—Ríndense al emperador las ciudades protestantes de la Alta Alemania.—Castigos.—Licenciamiento del ejército imperial: retirada de las tropas pontificias.—Quietud del emperador, y sus causas.—Famosa conjuración en Génova: Fieschi.—Recelos y cuidado del emperador.—Resuélvese á proseguir la campaña.

Desembarazado Carlos de la guerra de Francia, y permitiéndole la retirada y muerte de Barbaroja y las distracciones del turco en Asia un periodo de reposo á que no estaba acostumbrado, quiso aprovechar aquella coyuntura para obrar en la cuestión religiosa y contra los protestantes del imperio (negocio en verdad el mas grave y trascendental de aquel siglo) con una energía que pudiera enmendar los yerros de su lenidad y de sus condescendencias anteriores.

En efecto, desde las concesiones que Carlos se creyó precisado á hacer á los protestantes en la Dieta de Ratisbona (1541), era de prever el ánimo que cobrarían los príncipes y los partidarios de la reforma, que eran ya muchos y poderosos. La necesidad que de sus auxilios tuvieron él y su hermano don Fernando para la defensa de Hungría (1542), les daba nueva fuerza y aliento. La protesta de los reformadores contra la reunión del concilio que el papa había convocado en Trento para noviembre de aquel año, manifestaba la descarada oposición de los protestantes, y la confianza que les inspiraba la necesidad que de ellos tenían Carlos y Fernando; y el desaire que el pontífice y la Iglesia sufrieron, teniendo que prorogar el concilio por falta de asistencia de prelados, fué un golpe fatal que envalentonó á los enemigos del poder pontificio. Nuevas concesiones del emperador y su hermano aumentaron su osadía, y una imprudencia del duque de Brunswick, fogoso y arrebatado católico, dió ocasion á los confederados de Smalkalde para hacer con buen éxito un ensayo de su valor y de sus fuerzas materiales. Así se atrevieron luego á negarse á reconocer la jurisdicción de la cámara imperial (1543), mientras no se les dieran seguridades respecto al ejercicio y prácticas de sus nuevas doctrinas.

Los auxilios que el emperador les pidió y ellos le otorgaron en la Dieta de Spira (1544) para la guerra contra la Francia, y los debates públicos que en Alemania se les permitía tener sobre la cuestión religiosa, les daban á ellos tanta audacia como enojo al pontífice Paulo, que veía vilipendiada su auto-

ridad, y no bien parada tampoco la del César. Por tanto, y por ser la necesidad de todos reconocida la celebración de un concilio general para atajar los crecientes progresos de la reforma y dar unidad y sosiego á la Iglesia, tan luego como se firmó la paz de Crespy, expidió el papa nueva bula convocatoria (19 de noviembre, 1544), para el concilio que había de reunirse en Trento el cuarto domingo de cuaresma del año siguiente. El emperador, que era el que mas deseaba el concilio, mandó á todos los prelados de sus dominios que procurasen no faltar el día prefijado. Mas como en aquel tiempo estuviese congregada la Dieta del imperio en Worms, presidida por Fernando á nombre del emperador su hermano, á quien el mal de la gota tenia detenido en Bruselas (1545), vióse desde luego en ella la resistencia de los protestantes á reconocer el concilio, y á someterse al fallo de una asamblea convocada por el papa, no ya para discutir las controversias religiosas, sino para juzgarlas definitivamente. Reclamaban que se les conservasen las concesiones y derechos que se les habían otorgado en la última Dieta, y hasta que esto se hiciese se negaban á prestar al emperador y su hermano los auxilios que les pedían para hacer la guerra al turco en union con el rey de Francia, con arreglo al tratado de Crespy.

Poco adelantó Carlos con presentarse en Worms apenas estuvo un tanto restablecido, pues si bien para disimular sus miras y entretener con alguna esperanza á los protestantes señaló para principios del año próximo una Dieta en Ratisbona á fin de terminar las contiendas, la persecucion que había desplegado ya contra los luteranos en Flandes, la proteccion que dispensaba al cabildo de Colonia contra el arzobispo que queria introducir la reforma en su diócesis, la prohibicion de predicar que hizo á los propagadores de la nueva doctrina en la misma ciudad de Worms, y sobre todo, la embajada que supieron haber enviado á Constantinopla proponiendo al Gran Turco la paz como para quedar desembarazado de toda otra atención, los convencieron de que estaba resuelto á obrar con rigor y á constituirse en exterminador del luteranismo. La muerte del duque de Orleans les hizo esperar que se renovarían tal vez las disidencias entre el emperador y el rey de Francia, pero no fué así, como hemos visto. Creyeron tambien que la investidura que el papa se atrevió á dar en aquel tiempo á su hijo Pedro Luis de los ducados de Parma y de Plasencia, desmembrando así el patrimonio de la Iglesia, indisponía y enojaría á Carlos con el pontífice; mas tambien en esto se vieron defraudadas sus esperanzas. Porque si bien Carlos reprobó aquel rasgo de despotismo y de arbitrariedad y rehusó confirmar la investidura, el emperador y el papa estaban dispuestos á sacrificar sus resentimientos á trueque de poderse dedicar á la extincion de las doctrinas reformistas y de las sectas religiosas, que uno y otro miraban como el negocio de mayor importancia.

En tal estado se hizo la apertura del concilio de Trento (13 de diciembre, 1545), diferida por aquella causa desde el principio hasta el fin del año, bajo la presidencia de los legados del papa, que eran tres cardenales y tres obispos, sin que en aquella sesion se hiciera otra cosa que declarar hallarse reunido el concilio en nombre del Espíritu Santo, para gloria de Dios, extirpacion de las herejías, reforma del clero y pueblo cristiano, y humillacion de los enemigos de la Iglesia. Para la segunda sesion (7 de enero, 1546), hubo ya muy graves debates sobre el orden en que se habían de tratar las materias y someterse al exámen y deliberacion del concilio.

El emperador y los mas de los obispos querían que se comenzara por tratar de la reforma de los abusos y de las costumbres antes que de lo relativo al dogma y á la fe, así por quitar á los herejes el pretexto con que se habían separado de la comunión católica, como porque de ese modo los decretos sobre la fe saldrían mas autorizados y serían mas respetados por los pueblos. Oponíanse á esto los legados presidentes con arreglo á las instrucciones que tenían del pontífice, alegando que debían ser primero las decisiones en asuntos de fe, porque la condenacion de los errores contrarios era el objeto principal del concilio. Como un término medio y de conciliacion entre estos dos pareceres, se propuso otro tercero, á saber, que en todas las sesiones se hablase primero del dog-

ma, y despues de la reforma, y este fué el que prevaleció y se adoptó.

Luego que los protestantes supieron la apertura del concilio, publicaron un extenso manifiesto protestando contra la reunion y exponiendo las causas que los determinaban á no reconocerla como legítima. Conocían el riesgo que sus doctrinas corrían de ser solemnemente condenadas; veían que el emperador estaba resuelto á hacer respetar con las armas las decisiones de aquella asamblea; para acordar los medios de conjurar el peligro se reunieron en Francfort los confederados de Smalkalde; pero faltaba á los reformistas la union necesaria para resistir con fruto. Cruzábanse entre ellos encontrados intereses; hacíanse unos á otros inculpaciones; los dos mas poderosos jefes de la liga, el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, andaban desacordes. El landgrave, el mas impetuoso de todos y de mas empuje, sostenía sin embargo que su única salvacion era obtener el patrocinio de los reyes de Francia é Inglaterra, ó confederarse con los cantones protestantes de Suiza. Mientras el elector, fanático luterano, se oponía abiertamente á hacer alianzas ni recibir auxilios de ningun príncipe ni estado que profesara doctrinas ó principios que no fuesen los suyos, los del mas puro luteranismo, y rechazaba con tenacidad toda proteccion de parte de quien no se ajustara en todos los puntos á sus creencias.

Hallándose en tal estado las cosas, sufrieron los protestantes un golpe mortal. El iniciador de aquella revolucion religiosa, el primer predicador de la doctrina reformista, el famoso Martín Lutero, atacado de una fuerte inflamacion en las visceras, murió en pocos días y casi de repente en Eysleben (18 de febrero, 1546), próximamente al tiempo que los padres del concilio de Trento acababan de formular el símbolo y profesion de fe, tal como la habían fijado los sinodos de Nicea y Constantinopla y se cantaba en las iglesias, en la cual quedaba virtualmente condenada la doctrina luterana, y todas las demás sectas y herejías que de ella habían nacido (1). Lutero tenía entonces sesenta y tres años. «Nunca ningun hombre, dice un historiador protestante, fué pintado con tan contrarios colores: los juicios de su siglo sobre su carácter tocaron los extremos.»

Sin embargo, por mucho que los escritores protestantes de aquel siglo y de los siguientes se hayan esforzado por realzar las prendas del gran reformador alemán, y por descubrir en el profesor de Wittemberg algunas cualidades eminentes, no han logrado probar que tuviese ni el talento privilegiado del innovador, ni menos las virtudes morales del apóstol. Sin negar á Lutero una capacidad activa, y una regular instruccion en las materias religiosas que entonces se controvertían, estaba lejos de ser ni un sabio ni un genio. Sus obras revelan mejor la altura que media en punto á saber que los apasionados elogios de sus panegiristas, los cuales atribuyen sus defectos al mal gusto de su siglo. No era un hombre vulgar, pero las circunstancias le colocaron en una posicion y le dieron una influencia que no hubiera podido imaginar jamás él mismo. Denunciador de un abuso público y lamentable, la materia de su predicacion era á propósito para hacerle popular, y las imprudencias ó la falta de política de sus adversarios é impugnadores le dieron aliento y le hicieron osado. Tan fuerte y vigoroso de espíritu como débil y miserable de cuerpo, no aparentaba, pero tenía la firmeza y la audacia del reformador, á tal punto, que sus mas adictos escritores se ven obligados á confesar que «la confianza en sus opiniones rayaba en arrogancia, su valor en temeridad, su firmeza en obstinacion, y su celo por confundir á sus adversarios en un furor que se exhalaba en injurias groseras (2).» Y en efecto, Lutero en sus últimos años parecia haber renunciado á toda idea de decencia, de decoro y de urbanidad, pues ya escribiese contra los católicos, ya contra los reformistas disidentes, su pluma parecia estar mojada en hiel, y cada uno de sus escritos era una coleccion de insolentes burlas y de insultos de mal género, que los protestantes se esfuerzan por atenuar, buscando disculpa en cierta aspereza de estilo de que dicen adolecían

por lo comun los escritores de aquel tiempo (3). Y sin embargo, este hombre inició una de las revoluciones religiosas y políticas mas graves que ha experimentado la humanidad; ejerció por espacio de treinta años una influencia desmedida en Alemania, donde nada se hacía sin consultar ó contar con Martín Lutero; hizo bambolear al antiguo y venerable poder de los papas, y alcanzó á ver el fruto de sus trabajos, y á presenciar en vida la adopcion de sus doctrinas por una gran parte de Europa.

La noticia de la muerte de Lutero alegró, como era natural, á los católicos tanto como desalentó á los protestantes, y mas en ocasion que el concilio de Trento, aumentado con bastante número de prelados, en su sesion cuarta (8 de abril), señalaba por reglas de la fe los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, reconocidos por canónicos, la tradicion trasmitida y conservada desde los apóstoles, la version de las Sagradas Escrituras conocida con el título de Vulgata, prohibiendo interpretar el sagrado texto de otra manera que lo explica la Iglesia, único juez competente en materia de fe, con lo cual quedaban destruidos los fundamentos de la doctrina de Lutero. Al mismo tiempo el papa profería sentencia de excomunion y privacion de todas sus dignidades eclesiásticas contra el arzobispo de Colonia, absolviendo á sus vasallos del juramento de fidelidad, por protector de la herejía luterana. Y por otra parte, el emperador, que hasta entonces había muy astutamente adormecido á los protestantes disimulando sus intenciones, libre ya de los cuidados del turco por una tregua de cinco años que había logrado ajustar con la Puerta Otomana, y movido además por el pontífice, pensaba ya en combatir con las armas la herejía, fiado tambien en los elementos de desunion de los príncipes protestantes del cuerpo germánico.

Y sin embargo, todavía en la Dieta imperial que por aquel tiempo se celebraba en Ratisbona, y á cuya ciudad se trasladó Carlos desde Flandes, trató de encubrir sus verdaderos designios aparentando gran respeto á las decisiones de la asamblea en punto á las contiendas religiosas, y preguntando en un artificioso discurso qué medios convendría emplear para restablecer la union en las iglesias de Alemania. Cuando el emperador hizo esta consulta, ya sabia cuál había de ser el dictámen de la mayoría de la Dieta, que era de católicos, habiéndose abstenido de asistir por temor muchos protestantes. Así fué, que el único medio que le propuso la mayoría fué que se reconociese el concilio de Trento como la autoridad competente para resolver en todos los puntos y cuestiones religiosas que los dividían, y que se obligara á todos á obedecer sus decretos como reguladores infalibles de la fe. Contra este dictámen presentaron los reformistas una memoria, pidiendo nuevamente que se sometiesen las disputas á un concilio nacional que se hubiera de celebrar en Alemania con igual número de prelados de ambos partidos. No solamente desagravió Carlos, como era ya de suponer, esta propuesta, sino que despachó un cardenal á Roma para concertarse con el papa, y continuó haciendo sus preparativos de guerra, lo uno y lo otro no tan

(3) No sabemos cómo pueden disculparse insultos como el siguiente, y otros semejantes que pudiéramos citar. En el último libro que escribió contra la autoridad pontificia, dibujó con su propia mano la figura de un papa con el traje pontifical y con dos enormes orejas de asno: en derredor pintó como en actitud de estar en conclave diferentes diablos con mitras presentando al papa los atributos de su poder, mientras otros le arrastraban con cuerdas al infierno.

Como prueba de su desmedida soberbia y presuncion, citaremos solo la siguiente arrogante cláusula de su testamento: «Conocido soy en el cielo, en la tierra y en el infierno, y tengo la suficiente autoridad para que se me crea á mí solo, cuando Dios por su paternal misericordia me ha confiado, aunque miserable pecador, el Evangelio de su hijo, de modo, que muchos en el mundo le han recibido por mí y me han reconocido por doctor de la verdad, despreciado el odio del papa, del César, de los reyes, príncipes y sacerdotes, como quien dice, de todos los demonios. ¿Por qué, pues, no ha de bastar para esta disposicion y en cosa tan pequeña (el testamento) el testimonio de mi mano, y el poderse decir: Esto escribió el señor Martín Lutero, notario de Dios y testigo de su Evangelio! *Notus sum in celo, in terra et in inferno, et auctoritatem ad hoc sufficientem habeo, etc.*»

De la moralidad y de la continencia religiosa del fraile agustino, daban testimonio vivo los muchos hijos que dejó de su mujer la monja Catalina Bore.

(1) Concilio Tridentino, Sesion 3.<sup>a</sup>, 4 de febrero, 1546.

(2) Robertson, Historia de Carlos V, lib. VIII.



secretamente que al apercibirse de ello los protestantes no le preguntaran directamente sobre el objeto y fin de aquellas disposiciones bélicas. La contestación del emperador fué que levantaba tropas para asegurar la tranquilidad del imperio y hacer justicia castigando algunos rebeldes; mas aunque añadió que el que quisiese ser su amigo y leal servidor, no tenía por qué temer, antes sería protegido, la respuesta se hizo harto sospechosa á los diputados protestantes de la Dieta, y saliendo de Ratisbona se retiraron á sus casas.

Poco trabajo le costó al comisario imperial conseguir que el pontífice y el emperador se aliaran para una guerra que ambos deseaban. El emperador se comprometió á poner en campaña un ejército suficiente para hacer que todos reconocieran el concilio y volvieran á la Iglesia católica y á la obediencia á la Santa Sede, y á no transigir con los reformistas sin conocimiento del papa ni en perjuicio de su autoridad. Paulo III se obligó por su parte á poner y mantener á su costa por seis meses doce mil infantes y quinientos caballos, á conceder por un año al emperador la mitad de las rentas eclesiásticas de España, autorizándole además para vender de los bienes de las comunidades religiosas de este reino hasta el valor de quinientos mil escudos (1), á depositar en el banco de Venecia una cantidad para los gastos de la campaña, y á emplear las armas espirituales contra cualquier príncipe que intentara oponerse á este convenio. Pero así como el papa tenía gusto y mostraba interés en hacer público el objeto de la alianza y de los aprestos militares, hasta expedir bula de indulgencia á favor de los que tomaran parte en la guerra contra los herejes, así el emperador continuaba asegurando y protestando que el objeto de la guerra no era de modo alguno religioso, sino político, y afirmábase de tal manera que todavía le creyeron algunos protestantes, y los hubo que estuvieron dispuestos á prestarle su auxilio.

Los que no lo creían, que eran los mas, se reunieron en Ulm para tratar decididamente los medios de resistir con las armas la guerra imperial y pontificia con que se veían amenazados. Sucesivamente invocaron la protección de Venecia, de Suiza, de Enrique de Inglaterra y de Francisco de Francia, procurando interesar á cada cual con razones de conveniencia análogas á su respectiva posición, pero nada alcanzaron. Venecia ni siquiera se atrevió á prestarles dinero, cuanto mas á comprometerse á negar el paso por su territorio á las tropas pontificias ó imperiales. El cuerpo helvético, compuesto de protestantes y católicos, se limitó á guardar una estricta neutralidad. Enrique VIII de Inglaterra, que acababa de ajustar la paz de Campe con Francisco I de Francia, les imponía condiciones que le hubieran hecho el jefe y el árbitro de la liga; y el monarca francés no tuvo por prudente concitar otra vez contra sí al emperador y al papa, y tampoco se atrevió á dar favor á los protestantes alemanes.

No desalentó á los confederados de Smalkalde el verse privados de todo auxilio exterior. Eran ya ellos muchos y se sentían fuertes. Contaban con el ardor y el entusiasmo religioso que inspira una nueva creencia cuando se la quiere sofocar violentamente, y así fué que á su llamamiento á las armas respondieron los protestantes del imperio alistándose en gran número, y con estos y con los alemanes que volvían licenciados de Francia á consecuencia de la paz con Inglaterra, llegaron á reunir en algunas semanas un ejército de sesenta mil infantes y quince mil caballos, con ciento veinte piezas de artillería. Los jefes de esta confederación eran el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, y los príncipes y ciudades que entraban en la liga eran el duque de Wittemberg, el príncipe de Anhalt, y las importantes ciudades de Augsburgo, Ulm y Strasburgo. El conde palatino, y los elec-

(1) Produjo esto una gran polémica en España sobre si el emperador podía por sí y en virtud del breve pontificio tomar á las iglesias y monasterios lo que les habían donado sus antecesores. Opositóse á ello principalmente los abades de San Benito y San Bernardo, y de tal manera esforzaron los monjes sus argumentos, que parece no se atrevió el emperador á llevar adelante la venta. Esta cuestión, que databa ya del año 1537, se reprodujo en 1544, y continuó despues de Carlos V, haciendo el hijo lo que parece no se había resuelto á hacer el padre. Véase Sandoval, libro XXVI, párr. 34.

tores de Brandeburgo y Colonia, aunque protestantes, permanecieron neutrales, ó engañados ó intimidados por el emperador; y los hubo, como Juan y Alberto de Brandeburgo y como Mauricio de Sajonia, que profesando el luteranismo siguieron al servicio de Carlos creyendo en sus anteriores palabras de no atacar la reforma.

Aunque el emperador contaba con numerosos cuerpos de tropas de sus dominios de Italia, de Alemania, de España y de Flandes, y con los doce mil hombres de Roma, mandados por Octavio Farnesio, nieto del papa, era difícil su reunión por la circunstancia de hallarse interpuestos los Estados protestantes. Había llamado además á don Alvaro de Sande que se hallaba en Hungría con un tercio de cerca de tres mil españoles, en cuyo valor y adhesión tenía su mayor confianza. Pero es lo cierto que se encontró el emperador por algún tiempo sin gente y casi solo en Ratisbona, ciudad en su mayor parte luterana, y que corrió gran riesgo y pudo haberse perdido, si los protestantes hubieran sabido aprovechar tan favorable ocasión para ellos; mas dejáronla pasar, y este fué su primero y mas grave error.

Por el contrario, en vez de obrar con prontitud publicaron un manifiesto á toda la Alemania y dirigieron una carta al emperador (15 de julio, 1546), protestando de su lealtad y sumisión como á señor temporal, y preguntando todavía si tenía algún enojo contra ellos, y si los armamentos se encaminaban á resolver por la fuerza la cuestión religiosa. La respuesta del emperador á esta carta fué un edicto de proscripción contra el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, jefes de la confederación protestante, desterrándolos de Alemania y confiscándoles sus bienes, para lo cual se necesitaba una declaración de la Dieta del imperio, no fundando todavía esta medida en motivos religiosos, sino en causas políticas, aunque expuestas en términos generales y vagos (2).

Hízose ya con esto inevitable la guerra de religion en Alemania. La ciudad protestante de Augsburgo había roto ya las hostilidades, y el veterano Sebastian Schertel que mandaba las tropas de la ciudad, antiguo aventurero, hombre de humilde estirpe, uno de los que mas se habían enriquecido en el saco de Roma cuando la tomaron los imperiales, y que á favor de sus muchas riquezas había llegado á ser uno de los grandes señores de Alemania, salió á impedir el paso á las tropas pontificias que se dirigían á Alemania por el Tirol, tomó dos fortalezas que dominaban aquellos desfiladeros, y aun se hubiera apoderado de Inspruck, si el elector de Sajonia no hubiera cometido el error de llamarle, con lo cual quedó al ejército pontificio la entrada libre en Alemania. La desierta conducta de los dos jefes de los protestantes, el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, que por otro error compartían entre sí la autoridad y el mando, las disidencias que produjeron sus diferentes miras y encontrados caracteres, las envidias, los odios y las desobediencias á que dieron lugar entre los confederados, no solo fueron causa de que el numeroso ejército de los protestantes malograra los primeros momentos que tan propicios se le presentaron hasta para haber arrojado de Alemania al emperador, sino que de intento parecía haberse propuesto dejar que las huestes imperiales que de tan opuestos puntos acudían se reunieran tranquilamente donde mas podía convenirles. Así, no solamente el ejército del papa llegó salvo y casi sin tropiezo á Lanshut (agosto, 1546), sino tambien seis mil aguerridos soldados españoles de los formidables tercios de Nápoles. Aunque el ejército imperial era todavía bastante inferior en número al de los protestantes, llevábale ventajas inmensas en la disciplina y el valor de los soldados, en la inteligencia práctica de los jefes, y en la confianza que le infundía la presencia del emperador, el mas activo y el mas hábil de todos (3).

(2) Maimbourg, Hist. del luteranismo.—Seckendorf, id.—Sleidam, *De statu religionis, etc., ab anno 1517 ad ann. 1555.*—Lambert, *Hist. de Bello Germanico*—Herbet, *Hist. de Lut.* VIII.—Rimer, *Fœder.*—Dumont, *Corps Diplomat.* IV.—Avila y Zúñiga, *Memorias sobre las guerras del emperador.*—Robertson, *Hist. de Carlos V*, lib. VIII.—Sandoval, *Historia del emperador*, lib. XXVIII, párr. 1 al 11.

(3) Aquí había empezado ya á darse á conocer por su carácter duro y severo uno de los generales españoles del emperador, el duque de Alba,

Viéronse muy pronto los resultados de estas ventajas. El emperador, que supo aprovechar bien el tiempo que le dieron para aumentar la guarnición de Ratisbona, se había trasladado á Ingolstadt, ciudad de Baviera, á la margen izquierda del Danubio, y establecido allí su campamento, circundado de una pequeña trinchera. Allí se encaminó el ejército protestante en número de ochenta mil hombres, con ciento treinta piezas de artillería. Tal confianza llevaba el landgrave en sus fuerzas, que había prometido á los coligados que antes de tres meses Carlos V estaría preso ó arrojado de Alemania. En todas las banderas de los luteranos se leían inscripciones y lemas latinos sacados de las Sagradas Escrituras, alusivos á la lucha religiosa, y escogidos todos para ostentar cierta arrogancia amenazadora, tales como los siguientes: *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* Si Dios nos ayuda, ¿quién podrá contra nosotros?—*In libertatem vocati estis, fratres.* Hermanos, llamados sois á ser libres.—*Ab Aquilone venient liberatores tui.* Del Septentrion vendrán tus libertadores.—*Væ vobis, Scribæ et Pharisei!* ¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos (1)!

El emperador, que conocía bien la índole del numeroso ejército enemigo, y fiaba en que todo aquel ardor acabaría pronto por destruirse los mismos coligados dividiéndose, se había propuesto esperar en su campo á ser acometido. Avanzaron en efecto los confederados en orden de batalla; parecía que aquellas masas iban á arrollarlo todo; y sin embargo, el emperador, ordenado su ejército, esperaba tranquilo. Sus generales tenían orden expresa de no romper ni empeñar la acción, y sus soldados, la de permanecer como inmóviles, sin salirse nadie de su línea. Los confederados no se atrevieron á asaltar las trincheras: en cambio, hicieron jugar con estruendo horrible sus ciento treinta cañones, lanzando cada día al campo imperial ochocientos ó novecientas balas. En medio de tan terrible fuego admiraba ver al emperador recorrer á caballo todas las filas, animando jovialmente á todos, hablando á cada cuerpo en su idioma, y cuidando de que nadie por nada se separase una pulgada de su línea. Los mismos protestantes, con ser alemanes, se asombraban de aquella impasibilidad. Cenando una noche los generales de la liga, tomó el landgrave una copa, y brindó diciendo: *Schertel, brindó por los que hoy ha muerto nuestra artillería.*—Señor, contestó Schertel, yo no sé los que hoy habremos muerto, pero sé que los vivos no han perdido un palmo de terreno. Finalmente, desesperados los protestantes, y temerosos de que llegara un refuerzo de catorce mil flamencos que iba marchando hácia el campo imperial, tuvieron por oportuno retirarse (1.º de setiembre, 1546), con el desconuelo de haber visto frustrada su primera tentativa, y malogrado todo aquel ostentoso y arrogante aparato (2).

que tan célebre había de hacerse en el reinado siguiente. Cuando el de Sajonia y el de Hesse enviaron al campo imperial un paje y un trompeta, según costumbre, para notificar la declaración de guerra, fueron llamados á la tienda del duque de Alba, el cual les dijo, que la respuesta que debía darles el emperador era hacerlos ahorcar, pero que quería hacerles merced de las vidas, pues no se proponía castigar sino á los que tenían la culpa de todo, y les entregó el bando imperial de destierro y confiscación para que le enseñasen á sus amos. Sandoval, libro XXVIII, párr. 13.

(1) *Venite, eamus* (decía otra), *oculamus bestiam magnam coccineam.* Venid, marchemos á matar la gran bestia vestida de grana.

En otra se leía: *Progenies viperarum, quis vos liberabit à ventura ira?* Generación de víboras, ¿quién os librará de la ira que ha de venir sobre vosotros?—Y así en las demás.

(2) Aconteció en uno de estos días (el 31 de agosto) un caso digno de notarse, como prueba, así del rigor con que Carlos V hacia observar sus órdenes en el campamento, como de lo que era siempre el genio español en tales lances.

Ya hemos dicho que había prohibido bajo pena de la vida que nadie se saliese de su fila ni se moviese de su puesto. Esta misma orden había dado á unas compañías de arcabuceros españoles colocadas en el foso para contener la caballería enemiga. Sucedió, pues, que un tudesco, notable por su gigantesca estatura, se acercaba todos los días á los arcabuceros del foso, llamándolos cobardes, retándolos con aire de arrogancia á pelear con él, é insultándolos de palabra y con ademanes y gestos provocativos. Los españoles no podían moverse, con arreglo á la orden imperial; pero Martin Alonso de Tamayo, veterano de los del formidable tercio de don Alvaro de Sande, no pudo aguantar tanto insulto, y dijo á sus camaradas, que aunque le costara la vida, él había de enseñar al soberbio alemán quiénes eran los españoles. Y diciendo y haciendo, soltó su arcabuz, tomó

Ni aun siquiera lograron impedir que se incorporaran al ejército de los católicos los diez mil infantes y cuatro mil caballos que de los Países Bajos conducía el conde de Buren, bien que tuviera este general que salvar mil peligros á fuerza de celeridad y de astucia. Con este refuerzo tomó el emperador la iniciativa, y sin comprometerse en formal batalla emprendió una serie de operaciones que le fueron haciendo dueño de varias ciudades del Danubio, Neubourg, Dillingen, Donawert, Nordlingen, y otras de mas ó menos importancia, y costándole escaramuzas y combates mas ó menos fuertes, generalmente, aunque no siempre, con próspera fortuna, en lo cual invirtió el otoño de aquel año. De tal manera fatigó y hostigó á los protestantes, que sus dos jefes, el elector y el landgrave, tuvieron por bien escribir una carta al marqués de Brandeburgo para que hiciese al emperador proposiciones de paz bajo ciertas capitulaciones que ofrecían en materias de religion. La respuesta de Carlos fué que trataría de paz siempre que antes pusieran en sus manos sus dominios y personas. Volviéronle á escribir, que siendo como era negocio tan grave podían conferenciar sobre ello largamente en el lugar y punto que él se sirviese señalar. Carlos les hizo repetir la contestación primitiva, sin añadir mas palabra, y prosiguió con la misma actividad la guerra, y les fué tomando otras poblaciones.

Uno de los personajes que ayudaron mas á los triunfos y prosperidades del emperador en esta guerra fué el joven duque Mauricio de Sajonia. Protestante por convicción, pero especulador y ambicioso, calculó que saldría mas ganancioso uniéndose al emperador, aunque fuese á costa de pelear contra sus propios correligionarios, por lo menos hasta sacar el partido que se proponía, y celebró un convenio secreto con Carlos, por el cual él se obligaba á servir como fiel vasallo al César, y este le prometió hacerle dueño de los dominios del elector de Sajonia. Ignorante el elector de este inmoral tráfico, cuando partió para la guerra dejó con la mejor fe encomendadas á Mauricio sus posesiones. Con arreglo á una inicua estratagema concertada entre Carlos y Mauricio, el emperador le requirió que en virtud de la obediencia que como vasallo del imperio le debía, se apoderase inmediatamente de los dominios confiscados al elector, en conformidad al edicto de proscripción cuya copia le enviaba, so pena de hacerse merced del mismo castigo que el rebelde elector su deudo. Finjiéndose Mauricio forzado por un mandamiento que él mismo había sugerido, llevó adelante la supercheria, reuniendo sus estados para consultarles la manera de dar cumplimiento al apremiante decreto imperial con el menor daño posible del electorado, y pintóles el caso con tales colores, que ellos mismos escribieron al elector proponiéndole, como el remedio mas suave y menos peligroso, que él mismo diera su consentimiento á Mauricio para que tomara quieta y amistosa posesión de su señorío.

Aunque el elector y el landgrave rechazaron con indignación la propuesta, y trataron como á traidor y llenaron de

una pica de otro, y á gatas y medio arrastrando por el suelo se salió hasta cuarenta pasos de la línea. Avisaron los centinelas al emperador, y le mandó llamar. Martin Alonso se hizo el sordo, y siguió adelante hasta acercarse al tudesco: entonces se arrodilló y rezó muy devotamente tres Ave-Marías.—Creyendo el enemigo que se arrodillaba de miedo, comenzó á mofarse de él: entonces Martin Alonso se levantó, enristró su pica, y apercibió á su contrario para la pelea. Embistiéronse reciamente los dos soldados hasta tres veces, y á la tercera arremetió el español con tal ímpetu y acierto, que introduciendo la pica por la gorguera del tudesco, le derribó en tierra con toda su mole; saltó sobre él Martin Alonso, y con su misma espada que le cogió, le cortó la cabeza: sacóle del pecho una larga bolsa que llevaba, y con la espada, la cabeza y la bolsa, se volvió á su campo con gran regocijo de los españoles.

Presentóse Martin Alonso al emperador pidiéndole merced de la vida. Pero Carlos, inexorable con los que traspasaban sus órdenes, sin tener en cuenta lo hazñoso del hecho, le mandó confesar y que le cortaran la cabeza. Intercedieron por él los maestros de campo y muchos caballeros y capitanes, y aun los nueve mil españoles que había en el campo estaban resueltos á no consentir que se quitara la vida á Martin Alonso, ya que no se premiarian sus servicios y hazñas. Noticioso el emperador del espíritu de sus tropas, cedió de su dureza, y otorgó el perdón al famoso Martin Alonso de Tamayo.



vituperios á quien de tal manera faltaba á los principios religiosos, á la honra nacional y á la confianza de depositario, Mauricio no retrocedió, y despues de llevar el artificio hasta donde pudo, apeló abiertamente á la fuerza para la consumacion de su proyecto. Levantó cerca de doce mil hombres y mientras el rey de romanos con sus bohemios y sus húngaros caía sobre una parte del electorado, él combatía por la otra las escasas tropas que habia dejado el elector, y se apoderaba del resto, á excepcion de algunas plazas fuertes que no pudo rendir. Semejante conducta hizo á Mauricio objeto de abominacion para todos los protestantes; y rebosando de ira y encono el elector de Sajonia por lo que á él mas especial y directamente tocaba, no pensó ya sino en apagar el fuego que estaba devorando su casa y en castigar la villanía, siquiera perjudicara á la causa comun desmembrando el ejército de la confederacion. No se atrevieron los coligados á negarle lo que para tan justa satisfaccion pedia, y en su virtud una gran parte del ejército marchó con el elector á Sajonia, quedó otra parte para defender la alta Alemania, y muchos capitanes y soldados, desalentados con esta desercion y previendo que iba á caer sobre ellos todo el peso de la guerra en la estacion cruda del invierno, determinaron regresar á sus provincias y se diseminaron.

De aquí las proposiciones de paz hechas al emperador, y las desdeñosas contestaciones de Carlos, como quien veía que brantada ya y como disuelta aquella arrogante liga que se habia presentado con infulas de acabar con su poder imperial y de expulsarle de Alemania. Continuó pues el emperador, como dijimos, apoderándose de las poblaciones. Entre ellas se le rindieron tres importantes ciudades imperiales, Nordlingen, Rottemberg y Halle, á cuyo ejemplo se sometió Ulm, una de las mas fuertes de Suabia, y que habia sido como el centro y cuartel general de los confederados, ó hizolo en tan humildes términos que el emperador con toda su severidad no pudo menos de admitirla á su gracia (1). Hasta de rodillas le pidió el duque de Wittemberg; y la famosa ciudad de Augsburgo se entregó bajo las condiciones que Carlos quisiera imponerle, cuidando antes de aplacarle con arrojar de su seno al valeroso y veterano Schertel, el primero que habia dado impulso al movimiento. Por este orden se le fué entregando á discrecion todo el círculo de Suabia, y hasta las ciudades que por su distancia parecían correr menos riesgo, como Strasburgo y Francfort, participaron del terror general, y no tuvieron valor para esperar á que el peligro fuese mas inmediato (2).

Así, al comenzar el año 1547, y á los seis meses de campaña, en que el emperador ejerció y desempeñó hábilmente el oficio de general y mostró toda la superioridad de su genio, acabó Carlos V con la soberbia y famosa liga de los protestantes de Smalkalde, siempre sosteniendo sin embargo, que aquella guerra no habia tenido un objeto religioso, ni de oprimir la libertad política ni la libertad de conciencia de los alemanes, sino únicamente hacer entrar en la obediencia á los príncipes revoltosos y díscolos del imperio. Duramente se condujo Carlos con las ciudades rendidas de la alta Alemania, no obstante

(1) «Nosotros, los de Ulm (le dijeron), conocemos el yerro en que hemos caído, y la ofensa que os hemos hecho, lo cual todo ha sido por culpa nuestra y de algunos que nos han engañado: mas juntamente conocemos, que no hay pecado, por grave que sea, que no alcance la misericordia de Dios, arrepiñtiéndose el pecador. Y por esto esperamos, que queriendo vos imitar á Dios, tendreis respeto á nuestro arrepentimiento, y nos recibiréis á vuestra misericordia. Y así, os pedimos por amor de la pasion de Cristo, hayais piedad de nosotros, y nos recibais en gracia, pues nos entregamos á vuestra voluntad, con determinacion de servirlos como buenos y leales vasallos, con las haciendas y la sangre, y con las vidas, como lo debemos á tan buen emperador.»

Con igual sumision le hablaron despues los de Augsburgo, y así las demás ciudades. La respuesta del emperador era otorgarles el perdón, sin perjuicio de las condiciones á que las sujetaba, que eran verdaderos castigos.

(2) Ribier, *Lettres et Memoires d'Etat*, etc.—Sleidan, *De Statu religionis*.—Camerar. *Belli Smalkaldici commentar.*—Hortens. *De Bello German.*—Avila y Zúñiga, *Comentarios sobre las guerras de Carlos V en 1546 y 1547.*—Luden, *Historia del pueblo aleman*, continuac.—Sandoval, *Historia del Emperador*, lib. XXVIII.—Robertson, *Hist. de Carlos V*, libro VIII.

las humildes súplicas con que se apresuraron á enviarle comisionados á implorar su perdón. Entre otros castigos que les impuso, fué uno el de las multas, por la necesidad que tenia de dinero. Ulm fué multada en cien mil escudos; Meiningen en cincuenta mil; en ochenta mil Francfort; Augsburgo en ciento cincuenta mil; las demás en una suma proporcionada á su riqueza, y solo el duque Ulrico de Wittemberg pagó trescientos mil escudos, despues de haber entregado todas sus plazas, y sin que le valiera el haberse arrodillado ante el emperador con todo su consejo. El elector y arzobispo de Colonia tuvo por prudente renunciar á su dignidad y señorío y retirarse á la vida privada y profesar en la soledad la religion reformista, antes que exponer su iglesia y Estado á las iras del emperador y del papa y á las desgracias de la guerra.

Hubiera Carlos V proseguido inmediatamente la campaña contra el elector de Sajonia, que habia recobrado las posesiones usurpadas por el duque Mauricio, si graves motivos no le hubieran detenido aquel invierno en Ulm. Traiale fatigado la gota de resultas de los trabajos de la guerra. Para economizar gastos habia despedido y enviado á Flandes el ejército del conde de Buren. Tenia ocupada mucha gente en guarnecer las plazas nuevamente conquistadas, y necesitaba cuidar del gobierno de las ciudades sometidas. Por otra parte, el papa, viendo que el emperador parecia haber cuidado mas del afianzamiento de su autoridad en el imperio que de la extirpacion de las herejías y del restablecimiento del culto católico; que nada le tocaba ni de las conquistas ni de las cuantiosas multas que habia cobrado, y recelando haber contribuido ya demasiado al engrandecimiento del emperador, y que tal vez pensara en oprimir la Italia despues de tener enteramente subyugada la Alemania, dió orden á su nieto Octavio para que se retirara con las tropas de la Iglesia, lo cual se ejecutó con no poco enojo de Carlos.

Tuvo, pues, que limitarse por entonces el emperador á enviar en socorro del duque Mauricio al marqués de Brandeburgo con una division de tres mil hombres, el cual se manejó tan torpemente, que en una batalla perdió casi todos sus soldados, y él mismo quedó prisionero del elector. A tener este mas actividad, hubiera podido apoderarse del mismo Mauricio; mas no era la energía su carácter, y tuvo todavia la debilidad de perder tiempo oyendo las proposiciones con que astutamente procuraba entretenerlo su mañoso adversario.

Paralizaba tambien á Carlos el cuidado en que le puso la famosa conspiracion que estalló por aquel tiempo en Génova (enero, 1547), promovida por Fieschi, conde de Lavagno, contra los Dorias, el príncipe Andrés y su sobrino Joannetin; una de las conjuraciones mas misteriosas y mas terribles de que hablan las historias, que en una noche tenebrosa infundió el horror y el espanto en la ciudad y puso á dos dedos de un general trastorno la república, y que en aquella misma noche acabó con la muerte de Joannetin Doria y del conspirador Fieschi, aquel cosido á puñaladas por los conjurados, y este ahogado en el mar (3). Como el senado de Génova, apenas tranquilizada la ciudad y restablecido el orden, escribiese al emperador noticiándole el suceso y pidiéndole auxilio para atacar la fortaleza de Montobbio donde se habia refugiado Jerónimo Fieschi, hermano del conde, Carlos entró en cuidado, recelando que aquella conspiracion estuviese protegida por príncipes extranjeros; y como supiese que el duque de Parma, Pedro Luis, hijo del pontífice, no era extraño á ella, ya por enemistad á los Dorias, ya por resentimiento que del mismo emperador tenia, sospechaba que el papa tampoco seria ajeno á aquella trama, y que tal vez se habrian todos concertado con el monarca francés para agitar la Italia de nuevo. Por esto, y por haber licenciado ya la mayor parte de sus tropas, no tenia por prudente moverse contra el elector de Sajonia, mientras no se cerciorara de que no estallaria en otra parte una revolucion que le distrajera las pocas fuerzas con que se habia quedado.

Mas tan pronto como de esto se aseguró, y luego que con la

(3) Pueden verse los curiosos pormenores de esta famosa conjuracion en Sigonio, *Vita Andreae Doria*, y en la *Conjuracion del conde de Fieschi*, por el cardenal de Retz.

venida de la primavera templaron los crudos rigores del invierno, no tardó Carlos en proseguir personalmente la guerra contra el de Sajonia, incorporándose con su hermano Fernando y con el duque Mauricio, que impacientes le aguardaban, y cuyo resultado veremos en otro capítulo.

## CAPITULO XXVII

### Triunfos del emperador.—El Concilio.—El Interim

DE 1547 Á 1548

Nueva confederacion contra Carlos V.—Enojo del emperador con el papa: trátale con dureza.—Traslacion del concilio de Trento á Bolonia con gran disgusto del emperador: proceder de este.—Prelados que quedaron en Trento.—Muerte de Francisco I de Francia.—Cómo juzgan á este monarca los franceses.—Marcha Carlos V contra el elector de Sajonia.—Pasa á nado el ejército imperial el Elba.—Batalla de Muhlberg.—Triunfo de Carlos y prision del elector.—Le condena á muerte y le perdona.—Tratado de Wittemberg.—Domina Carlos la Sajonia.—Visita el sepulcro de Lutero.—Marcha contra el landgrave de Hesse.—Ríndesele el landgrave y le pide perdón.—Le humilla y ultraja Carlos V.—Conducta del emperador en la alta Alemania.—Multas.—Toma mas de quinientos cañones y los distribuye en sus dominios.—Carlos en Bohemia.—Dieta de Augsburgo.—Horrible asesinato de Pedro Luis Farnesio, duque de Parma, hijo del papa.—Se da Plasencia á los imperiales.—Enojo del pontífice.—No halla quien le ayude á vengar la muerte de su hijo.—La Dieta de Augsburgo y el concilio de Trento.—Graves disidencias entre el papa y el emperador en lo relativo al concilio.—Insistencia de uno y otro.—Resolucion que toma Carlos V.—El *Interim*.—Efectos que produjo en Alemania.—Carlos V en Flandes.—Llama allá á su hijo Felipe.

Todo parecia anunciar que la cuestion religiosa que entonces ocupaba con preferencia la atencion del mundo estaba cerca de resolverse en favor del catolicismo, y por consecuencia, en conformidad á los deseos del pontífice, del emperador y de todos los amantes de la unidad de la Iglesia y del antiguo culto católico. La confederacion protestante del cuerpo germánico que tan imponente se habia presentado, habia sido vencida y deshecha por las armas imperiales y pontificias reunidas; casi todas las ciudades reformistas del imperio habian vuelto humildemente á la obediencia de Carlos V, el representante y el campeon de la causa católica, y solo le faltaba someter á los dos contumaces jefes de la liga, el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, y esto porque le detenian las causas en el anterior capítulo expresadas.

Y en tanto que los protestantes habian sido de esta manera derrotados y abatidos en la lucha material de los combates y batallas, en el terreno de las doctrinas y de la discusion el concilio de Trento habia continuado estableciendo los principios de la fe ortodoxa, y condenando en sus decisiones canónicas como herejías las nuevas doctrinas proclamadas por Lutero, Zwinglio, Calvino y demás apóstoles de la reforma. En las ocho sesiones celebradas por aquella venerable asamblea en 1546 y primeros meses de 1547 se habia designado los libros sagrados que la Iglesia admitia por auténticos, fijado las autoridades que constituyen el dogma católico, establecido la única doctrina que la Iglesia reconoce como verdadera sobre el pecado original, el libre albedrío, la predestinacion, los sacramentos en general, y otros importantes puntos dogmáticos, anatematizando en diversos cánones todo lo que en diverso sentido habian enseñado sobre estas materias los herejes antiguos y modernos; decretando además varias reformas en asuntos de disciplina y de costumbres, tales como la modificacion de exenciones y privilegios de las órdenes regulares, la jurisdiccion que sobre ellas habian de ejercer los obispos, residencia canónica, pluralidad de beneficios, y otros objetos de reforma que la pureza de la religion, la moral y la opinion pública reclamaban. Siendo, en verdad, no poco lamentable que así como en lo perteneciente al dogma se concordaban felizmente los padres del sínodo, no hubiera la misma dichosa conformidad en lo relativo á la reformacion de las costumbres, suscitándose muchas veces disidencias sensibles entre la mayoría de los obispos de una parte y los legados del papa y

algunos prelados de la otra, si bien venian á concertarse y convenir en prudentes transacciones (1).

Mas aunque todo parecia ir marchando á gusto del papa y del emperador y en contra de la causa y de los intentos de los protestantes, la situacion de Carlos V y aun la del mismo pontífice, estaban muy léjos de ser lisonjeras en marzo de 1547, cuando acababa de subyugar la alta Alemania y de someter á los confederados de Smalkalde; y no sin razon sospechaba él que en la misteriosa conjuracion de Génova hubieran entrado mas poderosos agentes de los que aparecian, y que fuese el preludio de otros mas graves planes. Sus mismos triunfos le habian perjudicado, provocando contra sí los celos y la envidia de sus rivales y antiguos enemigos. Francisco I de Francia se sintió otra vez vivamente atormentado por la envidia al ver las prosperidades y el engrandecimiento del poder de Carlos, y conservando hasta el fin de sus dias su inextinguible odio al emperador, envió emisarios á Alemania para reanimar á los protestantes; entabló correspondencia al mismo efecto con el landgrave y el elector de Sajonia; excitó de nuevo al gran sultán á que invadiera otra vez la Hungría; exhortó al papa á que reparase por un esfuerzo vigoroso la falta que habia cometido en contribuir tanto al acrecimiento del poder imperial; trabajó por inducir á los venecianos á que entraran en una confederacion general contra el emperador, representándole como un hombre que aspiraba á dominar y oprimir todo el mundo; avivó los resentimientos y quejas que el rey de Dinamarca tenia de Carlos, halagándole al propio tiempo con ofrecer la mano de la jóven reina de Escocia para su hijo; instigó á los que gobernaban la Inglaterra en la menor edad de Eduardo VI (2) á que tomaran parte en la causa comun y se declararan abiertamente en favor de los reformistas; reclutó tropas en la Suiza, y las levantaba y municionaba en sus reinos.

Constábase además á Carlos V, que el papa, pesaroso ya de haberle ayudado tanto, y no contento con haber hecho retirar sus tropas bruscamente y sin darle parte, se alegraba de las contrariedades que le promovía el rey Francisco, y el mismo le suscitaba cuantas podia, hasta negarle ya las rentas eclesiásticas de España que le habia concedido. Cuya conducta enojó tanto al emperador con el pontífice, que trataba con las expresiones mas duras, así á Su Santidad como á sus legados y nuncios, diciendo entre otras cosas, «que de allí en adelante

(1) Historia del concilio de Trento, por el cardenal Pallavicini.—Historia del mismo concilio, por Paolo Sarpi.—*Canones et decreta oecumenici Concilii Tridentini*, edicion estereotípica de Leipsick, 1842.—Mendham, *Memorias del concilio de Trento.*—Koellner, *De actis Concilii Tridentini.*

(2) Enrique VIII de Inglaterra habia muerto el 29 de enero de 1547, á los 37 años de edad y 38 de reinado.—«Nombre espantoso! dice de él un escritor al hacer un resumen de su biografía: ¡todos los caprichos del crimen sin freno encarnados en un déspota pedante y verdugo! Un reino trastornado, una religion mudada por un real decreto, porque los ojos de una dama de honor han agradado al campeon de la fe: seis mujeres sucesivamente arrojadas y maltratadas en su impuro lecho: Catalina de Aragon repudiada; Ana Bolena decapitada; Ana de Cleves afrentosamente despedida; Catalina Howart entregada al verdugo; los nombres mas ilustres, las virtudes mas brillantes, la anciana condesa de Salisbury, el cardenal Fischer, Tomás Moro, arrastrados al cadalso: setenta y dos mil hombres, papistas y luteranos, fueron arrojados á las llamas con una espantosa impasibilidad por el rey pontífice, el protector y jefe supremo de la iglesia anglicana!»

«Bajo el reinado de este príncipe, dicen en su Cronología histórica los autores del Arte de verificar las fechas, no hubo otra religion ni otras leyes en Inglaterra que su voluntad y su pasion... Jamás príncipe alguno fué mas absoluto; casi siempre costaba la vida al que se atrevía á oponerse á su voluntad. Se cuenta entre las personas sacrificadas á sus pasiones, dos reinas, dos cardenales, tres arzobispos, diez y ocho obispos, trece abades, quinientos priores, monjes y sacerdotes, catorce arcedianos, sesenta canónigos, mas de cincuenta doctores, doce duques, marqueses y condes, con sus hijos, veintinueve barones y caballeros, trescientos treinta y cinco nobles menos distinguidos, ciento veinticuatro ciudadanos y ciento diez damas de condicion. Todas estas personas, á excepcion de las dos reinas, fueron condenadas á muerte por haber desaprobado el cisma, y los desórdenes del rey Enrique, aunque muchas veces les imputara crímenes para tener ocasion de hacerlas morir.»

Este inquisidor coronado de los protestantes no tenia por cierto que echar nada en cara al Torquemada de los españoles, antes le podia haber dado lecciones de crueldad, sin hábersele parecido en otras cualidades.